



El Bou i la Mula

Referència	EBV109
Títol	El Belén
Autor	Juan Maragall
Publicació	Llibre: ???
Data	
Tema	El pessebre i els infants
Idioma	Cast
Pàgines	4

109



EL BELEN

ARTÍCULO DE JUAN MARAGALL

Pasando entre apreturas y empujones por la estrecha calle que dejan las mesas y barracas de las ferias de Navidad, gozábamos de su intensa poesía. Ante aquellas tablas que sostienen un mundo en miniatura no hay corazón que no se enternezca alegremente ni rostro que no sonría; una ilusión casi creadora dilata los ojos de los pequeñuelos a la vista de aquellas figuraciones, más sugestivas a veces cuanto más toscas, de seres humanos, de animales, de plantas, de montañas, de construcciones y poblados que, para ellos, los niños, no son figuraciones, sino que cobran realidad de vida y les invitan a la emoción de algo así como formar un mundo con sus pequeñas manos. Porque Navidad es verdaderamente la fiesta del Niño Dios, y todos los niños son poderosamente llamados al goce especial de ella.

¿Y los hombres? Los hombres también, a condición de hacerse niños. *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*. Y los hombres de buena voluntad saben hacerse niños con los niños, participando de su ilusión, olvidando por un instante todo cálculo y razonamiento, y abandonándose a la sublime locura de la inocencia. Y entonces, ya es difícil saber quién goza más, si el niño o el hombre.

Al montar aquel pequeño mundo de la feria bajo el techo del propio hogar, el hombre se siente estimulado por la alegría y la ilusión del niño cuya imaginación infantil se exalta a su vez al formarse y combinarse como en la realidad, montañas, valles, ríos, nieves, bosques, rebaños, pastores, reyes... y al fin el *Portal* del infable misterio, que es el alma de todo aquel mundo.

Todo aquel pequeño mundo tiende hacia el *Portal*. Los senderos de las montañas, el puente sobre el río, las veredas del prado, todos son caminos que a él conducen. Y por esos caminos andan (para el niño realmente andan) los pastores con sus rebaños, los Reyes con sus tesoros, los labriegos con sus aperos, los arrieros con sus acémilas cargadas, y todos con sus ofrendas: ofrendas de frutos de los campos, de ramas de los bosques, de leche del ganado, del producto de la hacienda y de la casa: la naturaleza entera puesta a contribución para llevar al Niño todo lo que da la tierra; y los ángeles, las flores y los cánticos del cielo.

¡El cielo! En el Belén, bajo el techo del hogar, el cielo no está, pero se ve; el niño lo ve. Ve un cielo de invierno lleno de estrellas y nevado al mismo tiempo— ¡qué importa! — un cielo que aun contemplando el Belén a la luz del sol, es siempre de noche; pero de una noche extraña, que no es noche ni día, y lo es todo porque está bañada en una luz única, aparte de las leyes naturales, una luz de eterna alegría.

Esta luz todo lo armoniza y transfigura. ¡Cuántas monstruosidades de perspectiva no pone el niño en su Belén! ¡Cuántos árboles mayores que montañas, y casas más chicas que la figura de mujer que está a la puerta, y vacas tan grandes como puentes, y carneros gigantescos a distancias inverosímiles! Sin embargo, nada choca, nada ofende; y hasta el que mira el Belén con ojos de artista, si lo es de veras y no simplemente un artifice, sentirá que, por encima de aquella figuración disparatada, ha pasado el soplo creador del arte, aquel *quid* inmaterial que ni siquiera está sujeto a las leyes de las líneas y de las proporciones reales.

— ¿Y anacronismos? ¡En cuántos anacronismos incurre el niño en su Belén! ¡Aquella Galilea de otros tiempos sembrada de *masías* catalanas de hoy! ¡Aquellos pastores y aquellos Reyes alternando con nuestros payeses con manta y *barretina*, y al lado, si a mano viene, de un cazador con su escopeta, o cruzando un ferrocarril. ¡Qué horror para un frío arqueólogo, y qué deleite para los niños y para el que sabe hacerse niño con ellos!

Para los maravillosos ojos del niño, el Belén está fuera del tiempo y del espacio, y vive en la región sublime de las ideas puras. El nacimiento del Niño Jesús es de todo tiempo y de todo lugar, es trascendentalmente perenne y ubicuo, se realiza de noche y de día entre nieves y prados verdes y floridos, al lado de columnas romanas y de máquinas de vapor presentes y aun futuras; y a su adoración acuden las gentes, no éstas ni aquéllas, vestidas así o asá, de uno o de otro país, sino las *gentes* en general, de todas épocas y lugares. El Belén tiene una realidad superior porque lo que anima aquellas figuras de hombres y animales y plantas y montañas es un inefable sentimiento que todo lo iguala y nivela, que borra tiempos y lugares y modos de vivir para fundirlo todo en la sublimidad del acto místico: la Adoración.

Allá, en el Belén, todo adora, y por esto todo armoniza. ¡Desdichado de aquél que no sienta una tal armonía!

Ved, después, como ante aquel mundo—milagro que ellos mismos han creado—, ante el Belén de corcho muerto que, 'sin embargo, vive, los niños cantan canciones alegres y toscas que parecen disparatadas y no lo son, que parecen groseras y son sublimes:

A Betlem me'n vull anar
 ¿Vols venir tu, rabadà?
 —¡Vull esmorzar!

Y los niños ríen la brusca salida del *rabadà*, más atento al almuerzo que al piadoso viaje; ríen a carcajadas de la poca fe del *rabadà*... que quizá con el tiempo será un apóstol. Los pequeñuelos eso no lo saben, pero tal vez lo presientan sin saberlo: por de pronto ríen de la simpleza del *rabadà* que habla como debe hablar todo *rabadà* antes de ser apóstol.

Y ellos, esos pequeños que ríen, ¿quién sabe si también han de ser apóstoles de algo nuevo, de un futuro desconocido, y ahora, ante el infantil Belén, nutren una idealidad que luego estallará poderosa y transformará el mundo? Así como ahora con sus tiernas manos han formado esa graciosa ficción de una vida y se han deleitado en ella, otro día, con sus fuerzas de hombre pueden hacer brotar una realidad nueva que todo lo invada y lo penetre, pueden levantar otro Belén trascendental y deleitarse también en él, pero con deleite de hombre, devorador e implacable hasta la muerte.

Sea cual haya de ser su suerte y su misión en el mundo, alta o humilde, dejad que su sentimiento empiece a enriquecerse ahora con esas puerilidades, porque días han de venir en que ésta sea su riqueza más preciada; en que, próceres en su palacio, buhoneros en su tenducho, o sabios contemplando el mundo, estimen llorando de ternura el recuerdo de este Belén ante el que ahora ríen, y lo estimen como el primer florecimiento de su alma inmortal.